

Diana permaneció fría y silenciosa, y el duque prosiguió :

— No reduzcáis una familia á la agonía, no hagáis desaparecer el porvenir de nuestra raza, no hagáis que uno muera de desesperación y los otros de sentimiento.

Diana no respondía, y continuaba mirando tristemente al hombre que se inclinaba ante ella en ademán suplicante.

— ¡ Oh! exclamó al fin Joyeuse apretándose con furia el corazón con una mano crispada, ¡ ah! compadeceos de mi hermano y de mí, á quien devoran vuestras miradas... Adiós, señora, adiós.

Se levantó como un loco, corrió ó más bien arrancó los cerrojos de la puerta del locutorio, y se dirigió fuera de sí á donde se hallaban sus criados, los cuales le estaban esperando en el rincón de la calle del Infierno.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MEXICO, MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XXXII

Su Alteza Monseñor el duque de Guisa.

El domingo 10 de junio, á eso de las once de su mañana, hallábase reunida toda la corte en la cámara situada antes de llegar al gabinete en que, desde su encuentro con Diana de Meridor, estaba agonizando el duque de Anjou de un modo lento y fatal.

Ni la ciencia de los médicos, ni la desesperación de su madre, ni las rogativas que el rey mandó hacer, habían conjurado aquel acontecimiento supremo.

Mirón declaró al rey aquella misma mañana que el mal no tenía remedio, y que Francisco de Anjou iba á expirar de un momento á otro.

El rey fingió gran sentimiento, y volviéndose á los que estaban presentes, dijo :

— Esta desgracia vá á dar muchas esperanzas á mis enemigos.

Á lo cual contestó la reina madre :

— Nuestro destino está en las manos de Dios, hijo mío.

Chicot, que se mantenía humilde y contrito al lado de Enrique III, añadió en voz baja :

— Señor, ayudemos á Dios en sus obras siempre que podamos.

El enfermo perdió á eso de las once y media el color y la vista; su boca, que había estado abierta hasta entonces, se cerró, el flujo de sangre, que había asustado hacia algunos días á cuantos lo presenciaron, como antiguamente el sudor de sangre de Carlos IX, se contuvo de pronto, y se enfriaron todas las extremidades de su cuerpo.

Enrique estaba sentado á la cabecera del lecho de su hermano.

Catalina, colocada en el huecõ que quedaba entre la cama y la pared, tenía cogida una mano helada del moribundo.

El obispo del castillo de Thierry y el cardenal de Joyeuse, rezaban el oficio de difuntos, que todos los circunstantes repetían de rodillas y con las manos cruzadas.

Á eso del medio día abrió los ojos el enfermo, al mismo tiempo que el sol rasgaba una nube é inundaba el lecho de una aureola de oro.

Francisco, que hasta entonces no había podido mover ni un dedo, y cuya inteligencia había sido

velada como el sol que acababa de aparecer, levantó un brazo hacia el cielo como asustado.

Miró en su derredor, oyó rezar, sintió su mal y su debilidad, y adivinó, por último, su situación, quizá porque entreveía ya ese mundo oscuro y fatídico á que van ciertas almas cuando dejan la tierra.

Entonces lanzó un grito y se golpeó la frente con una fuerza que estremeció á cuantos estaban presentes.

En seguida, frunciendo las cejas como si acabase de leer en su pensamiento uno de los misterios que envolvían su vida, murmuró :

— ¡Bussy! ¡Diana!

Nadie sino Catalina oyó esta última palabra, porque el moribundo la articuló con voz sumamente débil.

Con la última sílaba de aquel nombre exhaló Francisco de Anjou su último suspiro.

En aquel mismo momento, por una coincidencia extraña, el sol, que doraba el escudo de armas de Francia y las flores de lis de oro, desapareció; de suerte que aquellas flores de lis, tan brillantes hacia un segundo, se volvieron tan sombrías como el azul sobre el cual formaban antes una constelación casi tan resplandeciente como la que va á buscar en el cielo el hombre que sueña.

Catalina soltó la mano de su hijo.

Enrique III se estremeció y se apoyó temblando sobre el hombro de Chicot, quien temblaba también por el respeto que á todo cristiano infunden los muertos.

Mirón acercó una patena de oro á los labios de

Franciseo, y al cabo de tres segundos de examen, dijo :

— Monseñor ha muerto.

De cuyas resultas salió de las antecámaras un prolongado gemido como para formar acompañamiento con el salmo que recitaba el cardenal á media voz :

Cedant iniquitates meæ ad vocem deprecationis meæ.

— ¡Ha muerto! repitió el rey persignándose en el fondo de su sillón. ¡Hermano mío! ¡Hermano!

— El único heredero del trono de Francia, murmuró Catalina, quien separándose del difunto, se acercó al hijo que le quedaba.

— ¡Oh! dijo Enrique, el trono de Francia es demasiado vasto para un rey que no tiene posteridad, la corona es muy ancha para una cabeza sola. Sin hijos ni herederos, ¿quién me sucederá en el solio?

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un gran ruido en la escalera y las salas, y Nambu se precipitó en la cámara mortuoria anunciando :

— S. A. monseñor el duque de Guisa.

Inmutado el rey al oír esta respuesta dada á la pregunta que se había hecho á sí mismo, se levantó sumamente pálido y miró á su madre.

Catalina estaba más pálida aún que su hijo; mas al oír anunciar la horrible desgracia que una casualidad presagiaba á su raza, cogió al rey la mano y se la apretó como diciéndole :

— Ahí tienes el peligro... más nada temas, que yo estoy á tu lado.

El hijo y la madre comprendieron su mutuo terror y su misma amenaza.

El duque entró en la cámara seguido de sus ayudantes, con la frente erguida, pero buscó con la vista, algo turbado, ó al rey ó el lecho mortuorio de su hermano.

Enrique III, de pie, y con esa majestad suprema de que solo él sabía revestirse en ciertos momentos, porque era de una índole tan extraña como poética, detuvo al duque en su marcha con un gesto de soberano, que quería decir contemplase en el lecho el regio cadáver desfigurado por la agonía.

El duque se encorvó hincándose lentamente de rodillas, imitándole en seguida cuantos le rodeaban.

Enrique III fué el único que permaneció en pie con su madre, y en sus ojos brilló por última vez una mirada de orgullo.

Chicot sorprendió esta mirada, y murmuró en voz baja este otro versículo de los salmos :

Deposuit potentes de sede : et exaltavit humiles.

« ¡Derribará del trono al poderoso y ensalzará al humilde! »